

genes luctuosas: «Sobre tu hombro pulcro / La huella de una caricia indiscreta / Se amorata como una violeta / Sobre el mármol reciente de un sepulcro.»

HUMILLACION DE LA LUNA

Podría quizá decirse que *Lunario Sentimental* representa el intento de Lugones para despojar al signo Luna-Doncella de su irradiación tenebrosa e incorporarlo a su poesía como un simple elemento literario. Para ello dispone del ejemplo de Laforgue, de su propio genio verbal y de su ironía. Con deliberado prosaísmo, el tema de la luna es objeto de imágenes y epítetos grotescos: «Luna abollada / Como el fondo de una cacerola / De loza»; «Luna, Colombina, / Cara de estearina». Al mismo tiempo, las innovaciones métricas y las rimas insólitas (benévola, llévola; axila, gorila; deleite, aceite) se suceden tan vertiginosamente que acaban por agobiar al lector. Pero la artillería de las rimas no basta para aniquilar un signo que, aunque verbal, participa de otras categorías igualmente tiránicas. Por lo demás, no siempre las palabras ahuyentan a los demonios; a veces, los conjuran.

Un sistema de valores estéticos que idealiza la atonía sexual, o la convierte en un rasgo de buena educación («la diferencia de los sexos», escribe Lugones en *Lunario Sentimental*, a propósito de unos viejos amantes aristocráticos, «ya no existía en ellos sino como una razón de cortesía»), hará de la privación y la desdicha un estado superior del alma, una meta espiritual hacia lo bello. Tales exigencias suponen a menudo un trueque desventajoso para la mujer: el poeta le consagra su devoción, pero ella deberá conservar su pureza. Los amantes llegan entonces a ser amigos que intercambian «besos sororales». En este dudoso tránsito de la represión a la bienaventuranza fraterna se sitúa el erotismo de Lugones, con sus veleidades caballerescas y sus ideas retrógradas.

La sexualidad y la felicidad desentonan con la suprema aspiración de los amantes: llorar y palidecer: «Vosotros, los que sólo en la dicha habéis vivido, envidiad la tortura de los amantes que, en el crepúsculo llorado por las esquilas, gozaban palideciendo de amor, toda la poesía de las tardes amorosas, disfrutadas en penas de navegantes, de ausentes y de sentimientos peregrinos.»

Envidiar la tortura, gozar la palidez, disfrutar la pena. La historia de Paolo y Francesca, que para Lugones fueron únicamente amigos («aun sus manos estuvieron exentas de culpa», escribe en *Lunario Sentimental*), tiene este final «feliz»: en un balcón, «pálidos hasta

la muerte», alcanzan la plenitud del amor en «la dicha de haber llorado juntos».

LA NATURALEZA EN LAS ODAS SECULARES

La sexualidad de los animales, por quedar fuera del terreno específicamente humano del erotismo, es observada por Lugones con objetividad: «Huele el toro a su vaca lentamente», comprueba sin ninguna inquietud lunar en *Las Odas Seculares*, libro en el que se aparta del modernismo para afirmar lo nacional y telúrico. Con ello rechaza el internacionalismo que propicia esa escuela, no así su estética, a la que permanecerá fiel en sus poemas de amor.

Al internacionalismo, esa «ilusión disparatada», le opone el campo de la patria con su prosperidad y su armonía idílica basada en el esfuerzo conjunto de estancieros, chacareros y peones; a lo universal, nuestra modesta tradición criolla. Una exaltación optimista y patriótica inclina su poesía hacia lo solar, inseparable del énfasis y el brillo del lenguaje, y modifica su visión de la naturaleza que pierde sus anteriores galas decorativas. Las flores ya no copian tocados femeninos: asoman en un zapallar con «lenta luz de yema»; el agua, y no las medias negras de una mujer, provoca el éxtasis del campo: «Y la coimena que, en labor metódica / Es el encanto de los bellos días / En que el campo llovido se emociona.» Magistralmente describe el inicio de un chaparrón: «Viene ya el agua eléctrica y sonora, / Hinchada en un sombrío azul de brevas», o evoca, con desusada ternura, su infancia en las sierras de Córdoba y la figura delicada de su madre, doña Custodia: «Embellecía un rubio aseado y grave / Sus pacíficas trenzas de señora.» (Señalemos, de paso, la ausencia del padre en la obra poética de Lugones: su ascendencia masculina, en la «Dedicatoria a los Antepasados», de *Los Poemas Solariegos*, es rescatada para legitimar la estirpe de conquistadores y guerreros a que pertenecía.) Con todo, en la citada «Oda a los Ganados y las Mieses» no puede menos de describir el traje de una jovencita: «La niña, que ya tiene costurera, / Luce un vestido con volado en forma / De granadina negra, cinto de hule, / Zapatos blancos y peinado de onda.»

Pero el modernismo, en tanto crítica de la sociedad industrial, ¿no contradice su proyecto internacionalista? ¿Puede concebirse una gran ciudad sin industrias, sin la secularización de los hábitos mentales y las costumbres del pasado? Coherentemente, Lugones se vuelve hacia el pasado; descubre en el *Martín Fierro* nuestra epopeya nacional y en el feudalismo un ideal de amor superior. No menos coherente es la incompatibilidad que por razones estéticas lo apartaron

del socialismo. En el mundo del trabajo y de la producción compulsiva cuentan poco los laureles del héroe, los suspiros del trovador. (El «bolchevismo» es una forma de la barbarie porque «amenaza el verso creado por el trovador».)

LA LUZ ACIAGA DE LA DIOSA

«La verdad es que no se ama sino con el amor de la mujer, y que por esto el amor es la fuente de todo conocimiento», escribe Lugones. El logro de ese conocimiento trascendente requiere la adquisición, al menos en teoría, de aquellas virtudes de renuncia sensual y señoría practicadas en el pasado por las órdenes caballerescas y los trovadores. Sin embargo, en la poesía medieval, ciertos atributos excelsos de la dama (blancura, pureza, lejanía) se inspiran en la devoción mariana, desconocida o sin interés para Lugones, que los transfiere a la Luna Doncella. Y sabemos que en la mitología cristiana la Virgen triunfa sobre la luna y la serpiente, símbolos de la antigua teocracia femenina.

En Lugones, lo solar masculino se impone a su inteligencia, no a su sensibilidad regida por el mito de la luna: la diosa, con su luz aciaga, comunica ese estremecimiento de pavor que recorre algunos versos galantes que le tributa su enamorado. La luz del plenilunio, semejante «a la pálida ribera de la Isla de los Muertos», es también un «abismo de resplandor» que lo anonada, y una fantasmal presencia en el paisaje: «Gélido albor los campos alucina / En cuenca azul la eternidad se invierte / Y el plenilunio, análogo a la muerte / Junto al sauzal parece que camina.»

En «Barcarola Nupcial», la luna profundiza las ojeras de la amada y acentúa con ella su atractivo letal de «pálida consorte» ataviada para unas bodas sin alegrías: «Bella hasta lo triste / Que encantando mata / De azahar y de plata / La luna te viste. / ¡Oh la eterna novia de mi eterno amor!» La luna es asimismo el espejo donde una mujer contempla su propio rostro impávido, y el espejo a su vez representa la pureza de la virgen cruel: «Pasa la doncella que lleva un espejo sincero y una daga desnuda.»

EL SER DE LA AMADA

Para Lugones, el ser de la amada es traslúcido y leve, evanescente como un perfume cuya «vida es un desvanecimiento»; algo misterioso y etéreo, a punto de convertirse en transparencia, en nada. Su inminente desaparición provoca en él un inexplicable deseo de llorar